

## Obras Maestras de los Grandes Pintores



## La Madona de San Francisco

DE ANDREA DEL SARTO

Los caracteres generales de la composición, el estilo del dibujo, el sentimiento del color, todo es de una suprema elegancia, de un sutil encanto en la obra célebre del gran pintor. Esta virgen, estos santos, son bellos, humanos, felices: los ángeles sonrían á Jesús, juegan con él como simples mortales, persiguiéndole hasta en los brazos mismos de la madre augusta, que le sirven de refugio. No descubrimos á la Virgen gótica que, envuelta en paños, carece de cuerpo: no es este el Jesús anémico que gravemente bendice á los hombres; no son estos tampoco los santos agotados por el ayuno, que dijérase brotan de la tumba. No se advierte en la tela admirable la lúgubre tendencia de los Primitivos, ansiosos de enseñarnos que la vida es miserable, que somos pecadores, y que, por lo tanto, sólo debemos orar y arrepentirnos si anhelamos rehuir á la condenación eterna. Los santos, la Virgen, el Jesús, los pequeños ángeles de Andrea del Sarto, nos dicen que la vida es buena, y

que Dios puso en ella la dulzura del hogar evocada por la Virgen: la alegría del trabajo, puesta de relieve por San Juan Evangelista, y aun el supremo goce de la plegaria, á la cual entrégase con fervor San Francisco, porque la plegaria no es el grito ahogado del espanto que implora la misericordia del Supremo Hacedor, sino más bien el himno de la gratitud y del deseo.

La *Madona de San Francisco* revela, en sus menores detalles, la religión, el amor de la forma: en el zócalo lleno de esculturas, en los paños que envuelven el desnudo, haciéndole entrever, ocultándole apenas, y dejando aparecer, como al descuido, los hermosos pies y los bellos brazos, adivínase un alma cristiana penetrada por el espíritu todo luz, todo alegría y blancura del viejo paganismo. La Roma nueva, reina y señora de las almas, aspira en el lienzo á unirse con la antigua Roma, dominadora de los cuerpos.

El ánima encantadora del artista florentino fué, quizá, demasiado débil para apegarse á las realidades de la vida. Sábese que habiendo recibido Andrea del Sarto cierta suma de Francisco I, á fin de comprar obras de arte, permitió que su esposa la derrochara, y jamás pudo, no obstante sus nobles esfuerzos, reparar la falta. Abandonado por aquella ingrata mujer, murió en un oscuro lecho, en tanto que en la ciudad del Arno estallaba, clamorosa, la guerra civil